

Pero es el caso que de la enunciacion mas simple y universal del *modo* cómo se verifican los fenómenos, ó sea de su *Ley general*, no se deduce la *necesidad*, ni de los fenómenos, ni de sus términos: lo único que lógicamente se deduce es su *posibilidad*. Que del hecho á la posibilidad vale la consecuencia, lo afirmaban los dialécticos, de acuerdo con el sentido comun; pero nadie puede legitimar la ocurrencia de que, ni del hecho, ni de su posibilidad á la necesidad, haya vado lógico para el espíritu humano. Quizás le haya para otras inteligencias; pero aquí no tratamos de la agena á los hombres: harto trabajo tenemos con la nuestra.

En definitiva, en el humano saber, ni de lo contingente se deduce lo necesario, ni de lo necesario lo contingente. Por esto, cuando la metafísica quiere deducir la experiencia, ó esta invadir la metafísica, ambas á dos deliran y desbarran. Dada, pues, la experiencia de todo lo existente hoy en los ámbitos del espacio, (que es, por cierto, dar á manos llenas), la misma distancia, la misma valla separará de los Principios la *Ley fenomenal única*, término general de la induccion, que cada una de las *leyes fenomenales particulares*. Las ciencias de raciocinio saben *lo que ha de ser* de las cosas de su incumbencia: las de hechos, ó naturales, solo saben *lo que es* de las cosas reales, y si tienen precision y claridad, es en virtud de lo que las de raciocinio les prestan en fórmulas y lenguaje.

Pero ¿á qué, pues, la investigacion en busca de leyes naturales? Esta ya es otra cuestion. De la incompetencia de lo contingente para expresar lo necesario no se deduce la inutilidad de su conocimiento. Si de la *ley* de los hechos no se deducen *Axiomas*; en cambio se deducen *Aforismos*: mas breve la experiencia no es principio de Razon, sino arbitrio del Arte,

y cuando se dice en locucion vulgar que la Experiencia es la madre de la ciencia, es porque el vulgo ya sobreentiende que ni la experiencia es hermafrodita, ni la ciencia es hija de la inclusa, sino que su padre natural y legítimo es el Espíritu, por su potenciá racional de conocer las verdades necesarias; solo sugeridas, nunca producidas por la experiencia.

Bien afirmado lo antedicho, nos permitiremos esponer las bases de un *Método de reduccion de los hechos á una verdad contingente*; método del cual se puede reportar gran fruto en los razonamientos sobre fenómenos, si un dia se adopta formalmente.

Tiene del *Método analítico* la forma, y solo se diferencia por cuanto, en lugar de reducir proposiciones racionales á un *Axioma*, reduce proposiciones empíricas á una *ley*, rigurosamente establecida de antemano. Aparte de los recursos que pueda prestar en general este Método, cabe su aplicacion fecunda á Medicina para la invencion, por tanteo, del carácter fisiológico de las enfermedades y de las medicaciones; y creemos que ese Método abre el único camino por donde se puede llegar á la construccion de un edificio clinico, que tenga una base biológica; es decir, de una Patología y una Terapéutica conformes con las leyes reales de la vida. Sin entrar en la cuestion médica, porque nos hemos propuesto no hablar una palabra de Medicina, y solo añadiendo que hemos ensayado este Método en un trabajo monográfico, que en breve verá la luz pública, vamos á precisar el *movimiento* de este *Método de reduccion á un contingente*. Dadas las leyes rigurosamente conocidas, y conformes con el objeto de ciencia, y dado el integral complejo de un fenómeno biológico, social, etc., al parecer confuso é indescomponible, trátese por el *proceder analítico* ó

análisis material, y hecho esto, tómese una parte del integral dividido, búsquese por tanteo la conformidad entre esa parte y alguna *ley*, de entre las dadas, y repítase para cada una de las otras partes igual operacion. Concluidas las reducciones, reintégrese el concepto total, á favor de una definicion descriptiva, en la que se enuncie ingénuamente, lo cierto como cierto, y lo dudoso como dudoso, segun que las leyes dadas hubiesen bastado, ó nó, á reducirlo; quedando todo hecho en caso de certeza, y conservándose el remanente, como dudoso, (si le hubiere), hasta que el descubrimiento de una *ley* espresiva de relaciones nuevamente precisadas, venga á hacer reductible aquel residuo.

Tal es el *Método de reduccion á una verdad contingente*.

La esposicion de este *Método experimental*, que se apoya en leyes, en lugar de principios, nos lleva como por la mano á la determinacion del carácter y los usos de los Principios en las ciencias de observacion. En estas los Axiomas están materialmente incomunicados del objeto de la ciencia conforme acabamos de exponer; pero le arrojan la luz del *Proceder y del Método*; derivaciones metafisicas, en tanto que lógicas; de suerte que existe implícita, una relacion virtual. Los Principios son para la observacion, como un recuerdo perenne del objeto dado al observador; y la asistencia de aquellos á todos los actos del procedimiento es una garantía contra las transgresiones, ó contradicciones de objeto, y por lo tanto, en favor de los intereses de la ciencia misma. Los principios dados á las ciencias de hechos constituyen un verdadero vi-reinado de la Razon, impuesto á la Experiencia; la prueba es que ninguna Ciencia se ha constituido, mientras que no le ha llegado el saludable influjo de los mismos. A veces, en las ciencias de ob-

servacion, los Axiomas se enuncian, como llevamos dicho, en los términos mismos que constituyen el objeto de una ciencia dada; pues de esta suerte, sin perder de lo necesario la forma, adquieren del objeto las palabras que á este se refieren; lo cual da á los axiomas cierto sabor práctico, sin mengua de su fuerza teórica.

Tales son los elementos, el mecanismo y la direccion que constituyen el conjunto formal de una *Ciencia de hechos*; y si nos hemos detenido en este análisis, ha sido: 1.º por la confusion que reina, hoy mas que nunca, acerca de estas materias; 2.º porque entendemos que los pseudo-baconianos, ó trascendentalistas fisicos, son los mayores enemigos del progreso y de Bacon, y los primeros contraventores á su inmortal aforismo; «*hominum intellectui non plume addende, sed potius plumbum et pondera*», y 3.º porque no sabemos que nadie haya escrito sobre este asunto una crítica razonada y completa.

IV.

Llegamos á la última parte de la Análisis elemental del hecho de ciencia: se trata de la Materia sobre que actua el Método: y pues ya llevamos dicho que en las Ciencias de raciocinio, el objeto, ó materia, lo constituyen los Principios mismos; quedanos tan solo que examinar el material en que se ocupan las ciencias de observacion. Sobre este particular podremos ser muy breves.

Lo que la realidad de la naturaleza nos impone es el *Dualismo Real*: esto es, pues, lo que aceptamos; á saber: la totalidad de los objetos observables, dividida substancial y formal-

mente en dos especies: una espiritual y otra material: la primera revelada á sí misma en el hecho de conciencia (*mundo psicológico*); y la segunda percibida por el Espíritu á favor de los sentidos externos, como un sér claramente distinto de él (*mundo material*).

La imposición del asenso al *Dualismo Real* viene de una fuerza superior á la razón humana; toda cuestión de pretensiones científicas sobre este particular es fútil, absurda y petulante. A quien proteste de estos tres epítetos le damos palabra de honor de retirarlos, sin más que una condición, y es; que logre trazar sobre cualquiera superficie una circunferencia, de modo que no quede dicha superficie dividida en dos, una dentro y otra fuera de la circunferencia misma. Lo que resulta de la *distinción formal* hecha con un compás, resulta también de la *distinción esencial* hecha por el verbo *ser* en la conciencia, y con tanto como se ha criticado al insigne Descartes, por su célebre proclamación del «*Cogito; ergo sum,*» todavía no sabemos que nadie le haya criticado lo único que tiene lógicamente incompleto, aquel grito al orden: la verdad es que en la Conciencia, el resultado real de la reflexión humana da: «*Cogito; ergo sumus.*» Esto es lo que Descartes quiso decir, esto es lo que se desprende de su doctrina del *Dualismo*, que es la de Reid, de Hamilton y de ciento y tantos ilustres filósofos, entre griegos, latinos, germanos, italianos, ingleses, franceses y españoles, y finalmente la expresión perenne de todo el linaje humano; es decir, que los trascendentalistas representan una minoría.

Pero no basta que sean estos los menos para que les neguemos la razón; no basta tampoco que no la tengan: vamos á ver si pueden tenerla. La imaginación poética no ha podi-

do multiplicar las especies de substancias; el génio filosófico, que lleva otro rumbo, solo ha intentado unificar las dos existentes en la naturaleza. Esta tendencia se llama *Sistema de la identidad de substancias*, ó del absoluto, y ofrece dos *aspectos*, con sus dos *sectas* y sus dos *enunciados*. Uno de estos dice: «El Espiritu es Todo,» el otro «La Materia es Todo;» de suerte que por el pronto notamos, que los dos *temas* puestos en disputa, y deduciendo de entrambos el término *Todo*, porque les es comun, componen la ecuacion lógica siguiente:

La Materia es {
El Espiritu es { = La Materia y el Espiritu son, ó existen;
que es la ecuacion del *Dualismo Real*.

Veamos ahora con qué medios de exámen material, y con qué recursos de espresion lógica ó formal puede contar cada uno de esos dos enunciados, para probar el hecho de la identidad.

Todo el *instrumental humano* consiste en la Conciencia y en la Percepcion; la primera contempla por reflexion todo lo espiritual, inextenso é inmensurable; la segunda por los sentidos externos todo lo material, extenso y mensurable. La identificacion de estas dos especies de séres deberia verificarla un instrumento, capaz de apreciar la fusion de lo extenso y lo inextenso, lo mensurable y lo inmensurable, lo perceptible y lo consciente; instrumento que no puede ser ni los sentidos externos ni el sentido interno. (Conciencia). El hombre no le tiene; y dado que le tuviera, su posesion destruiria la naturaleza humana. No diremos, pues, que sea posible este género de investigacion.

En cuanto á recursos de *espresion lógica*, la primera materia de esta la forman las palabras, las cuales son de tal natu-

raleza que el hombre no puede pronunciar ni una sola que no implique una *distinción*. Tal es la materia prima de todas las lenguas muertas, vivas y posibles. Purifíquese el uso retórico y critíquese la adecuación lógica de las voces, cuanto quepa; siempre la transgresión supone la regla; la impropiedad la propiedad; quedando como último reducto de la Gramática universal, unas *palabras primeras*, ó esplicadas por sí; como *substancia*, origen de los substantivos; *accidente*, origen de los adjetivos; *espíritu*, tipo de los verbos de actividad; *materia*, tipo de los verbos de estado; *primera persona*, que con la *segunda*, marcan distinción individual ó de espíritus; la misma *primera*, que con la *tercera neutra*, establecen distinción específica de espíritu y materia; todo lo cual es bastante para probar que si los sectarios de la *identidad* defienden sus tendencias razonando, lo hacen con una lengua cuyas palabras todas claman á voz en cuello, *que en el mundo somos DOS*; de suerte que forman verdaderos términos contraproducentes, para probar la tesis de la identidad. Estos sistemas, pues, si son inconsecuentes no merecen la atención; pero si quieren ser consecuentes, ó no tienen más expresión legítima que el silencio, ó deben inventar una lengua cuyas bases no podemos imaginar.

Al sistema de la identidad de substancias le faltan, pues, una lengua y un sentido; es por tanto una filosofía muda y ciega.

Véase, al fin, como la minoría *identista*, por más que promueva tanto ruido ni tiene razón, ni puede tenerla.

En último resumen: si una proposición no puede ser inteligible, ni su enunciado probable, sino á condición de concepto claro y compatibilidad de términos en la relación, las

proposiciones «*Yo soy la Materia,*» «*La Materia es Yo*» son ininteligibles; no son Proposiciones: si los dos términos se dan por distintos no pueden ser idénticos; si se dan por idénticos están de mas la Proposicion y el Proponente, porque los términos de ella no significan nada, ni él es nadie.

Queda legitimada la proclamacion filosófica del Dualismo real.

Aquí podríamos dar por terminado el *Análisis de los Elementos generales de Ciencia*; pero es el caso, Señores, que en toda esta operacion hemos procedido ya con aires de filósofo, buscando Principios con Principios, determinando un Método con un Método, y acomodándolo todo á un objeto dado; de suerte que trabajábamos una Filosofía, filosofando con la razon vulgar. Entonces ¿en dónde está la garantía de nuestra Doctrina? Precisamente en esto: en el doble hecho de este origen vulgar y del reconocimiento explícito del mismo. No os fieis de un hijo que por figurarse valer mas que sus padres, reniega de ellos; pues por una parte estos fueron la verdadera causa original de cuanto aquel valga, y por otra, la rebeldía al reconocimiento supone una insensatez que neutraliza cualquier mérito. Todo razonar filosófico procede de la Razon comun, solo que los Sistemas fuudados sobre errores disimulan su flaqueza renegando de su origen, al paso que la Doctrina del Sentido comun se complace en confesarse y proclamarse nacida del comun acuerdo. Los filósofos suelen cubrir con el velo de un Prefacio el camino que siguieron hasta llegar al libro: nosotros levantamos el velo, y os mostramos orgullosos el modesto hogar de la *Philosophia perennis*, de la Sabiduría universal, de donde partimos, y á donde pensamos volver á parar, fortaleci-

dos y medrados con el producto del Arte discreto y útil; pues todo lo que elabora la Filosofía pretenciosa es ciencia vana y práctica transitoria. Por fortuna los Sistemas pasan y el Vulgo queda, y su Instinto racional, al hacer inventario del legado que le dejan los espíritus voladores y aventureros, acepta las joyas de valor intrínseco, hechas de materia razonable, arrojando á los abismos del descrédito los dijes falsos; pura ostentacion de valor ilusorio. La verdadera distincion lógica y real entre el filósofo y el hombre vulgar no está en la adquisicion ó cambio de tal ó cual facultad, sino en el reconocimiento del Método, por efecto de un acto reflexivo sobre el uso adecuado de las facultades del Espiritu. Así, el objeto de la Filosofía es la misma Razon vulgar, no consistiendo la mision de aquella en cambiar á esta, sino en reconocerla tal cual es. Mas breve: el vulgo razona con un instrumento que Dios dispuso: el filósofo inquiere cómo dispuso Dios este instrumento. La aplicacion de la atencion refleja á la ley de sí mismo es el rasgo excelente de la criatura racional: es lo que separa, sin tránsito posible, la especie humana de las demás especies vivientes que conocemos; pero este hecho de la reflexion filosófica no separa, ni un mínimo de grado, al sabio del ignorante, en cuanto á la categoría: pues la aplicacion mayor ó menor, mejor ó peor de una facultad, no solo no afecta la existencia de la misma, sino antes al contrario la proclama y confirma; dado que una cosa no puede ser de tal ó cual manera, sino á condicion de ser. No hay hombre que de treinta años arriba no haga aplicacion de su facultad de reflexion á investigaciones de índole filosófica, á que le obliga cuanto le rodea: el mejor filósofo será, pues, el hombre que mejor aplique esta facultad, en virtud de mejores antecedentes y mayor sagacidad de espíritu:

esta es la verdad. Las facultades psicológicas están denominadas por sus usos naturales; las palabras que en todas lenguas las enuncian son términos primeros, ó explicados por sí, y la norma latente de la conducta humana necesariamente debe ser genérica, cuando es genérica, universal, su espresion práctica; y así al comenzar el filósofo la tarea, el espíritu vulgar le formula su perenne protesta: «O me aceptas, le dice, mis términos primeros y mis Principios, y con ellos el concepto claro y distinto de mis Facultades, ó tu Filosofía será absurda, »y sabios é ignorantes se reirán de ella; pues no estarán »dispuestos á aceptar por bueno que el entendimiento *perciba*, »ó que la voluntad *reflexione*, ó que los oídos *conciban*; como »ni tampoco que se me atribuya una facultad sin uso, por ser »sin nombre, ni que se me suprima otra, subsistiendo el nombre en que la espresan mil lenguas. Dentro del contenido de »la Razon vulgar, examina, busca, analiza, combina, y dame »al fin la regla económica del ejercicio del espíritu, reduciendo á buen orden y concierto la multitud de cosas que la lengua pronuncia, sin que el alma inquietara la oportunidad de su »aplicacion. Si á esto te atienes, serás filósofo: si nó, no pasarás »de poeta sofista.»

Hé aquí que la mision de la Filosofía queda reducida á una cuestion de Método; el Método á una adecuacion del medio al fin, siendo el fin la economía de la Razon práctica; ó sea; el máximo del resultado útil, por el mínimo de accion; que es lo que constituye el optimismo dentro de cada especie, y por lo tanto el optimismo del linaje humano.

Hé aquí también, que la Filosofía, substantivada, es la Razon en busca de la norma de su conducta, sin mas auxilio que su propia luz, y en este aislamiento accidental de la Causa

primera de todas las verdades, la Razon individual que sabe bien, que aunque señora del mundo fenomenal, es esclava de su Causa, conoce por lo mismo, claramente, que si prescinde de la subordinacion gerárquica á esta, ha de buscar autoridad y apoyo en otra parte; y aquí está la dificultad. Autonomía y subordinacion son dos conceptos contradictorios, para un mismo sujeto y con relacion á un mismo objeto: la Razon individual no tiene, pues, autoridad *en sí*, sobre sí misma, ya que toda idea de subordinacion ó apoyo *racional* trasciende á autoridad externa. Por otra parte, autoridad de menos á mas, en el órden natural de excelencia, es absurdo, porque el concepto de autoridad implica superioridad gerárquica. ¿En qué autoridad se apoya, pues, el espíritu filosófico, como razon individual? Subordinarse á las cosas es absurdo; subordinarse á sí mismo, tambien implica contradiccion: solo quedan en el mundo dos apoyos que elegir: Dios y el linaje humano. El espíritu, en tanto que subordinado á Dios, funciona creyendo y obedeciendo: ninguno de estos dos actos es de *investigacion*; no le queda, pues, al filósofo mas recurso que someterse al Sentido comun; y si espera hallar en la Especie lo que no se atreve á prometerse de sí mismo; si prejuzga que el alcance de muchas Razones ha de ser mayor que el de una sola, es porque en virtud de un principio de fé en la bondad de la Causa primera, aunque tenga por cierto que el individuo yerra, le es forzoso creer que la especie no fué creada para errar: que las Razones individuales sumadas, en lo que tienen de sumable, ú homogéneo, han de arrojar necesariamente la suma del acierto, y han de representar el producto de una Facultad destinada á compulsar las verdades que sirven á la especie humana como principios de certidumbre. Y aquí reclamamos toda la atencion del auditorio.

El corolario de estas razones es, que en Filosofía hay una desproporcion enorme entre el apetito de saber y la posibilidad de ciencia. Los conceptos claros y distintos de Dios, Alma y Mundo, marcan un área inmensa, dentro la cual, solo á duras penas llegamos á triangular y sujetar á conquista un espacio minimo; verdadero Brasil filosófico, en donde lo exiguo del dominio real contrasta con la ostentacion nominal de territorio! Que la ciencia humana, encomendada al solo apoyo del linage mismo, se ve reducida á lo fenomenal; que en el órden de la experiencia jamás el hombre traspondrá los mundos, y que en materia de principios no está en nuestras facultades ir mas allá, ni hay para que inquirirlo, ni hay para qué certificarlo, y solo lástima nos causara el hombre que en tales cosas no conviniera; y siendo esto así, ni la Razon por su sola fuerza podrá jamás encontrar el Absoluto, ú Origen único de toda deduccion, ni la experiencia podrá allegar, jamás, todos los datos necesarios para la última induccion: de suerte que no solo no hay mas autoridad, *extrictamente filosófica*, ni mas criterio que el Sentido comun; sino que aun contando con este apoyo, la arquitectónica de todo el saber posible se reduce á una fraccion de cono, sin base y sin punta, no siendo posible hallar el complemento mas que en otras Facultades, en otros Sentimientos, que no atañen al órden científico, ni son por tanto objeto de este Discurso.

Respecto de los Principios evidentes por sí, que forman ese vértice truncado de la Filosofía, importa mucho advertir, (tambien á título de corolario de todo lo espuesto,) que no son principios directos de invencion de verdad, sino principios indirectos de preservacion de error, ó lo que vale lo mismo; verdades dadas á la razon nó como armas de extension de dominio, sino

como código para el acierto práctico. Todo esto es triste, es humillante para el saber humano; agosta en flor las ilusiones siempre juveniles y las aspiraciones siempre trascendentales del espíritu; á nosotros nos basta que sea verdad para que nos conformemos, ya que de la verdad nos ocupamos. El dia en que se nos hagan insoportables estas limitaciones, nos arrojarémos al libre campo de la Poesía; mas no impurificarémos los productos de la Ciencia.

Aquí es, donde realmente queda terminada la esposicion de los *Elementos generales de Ciencia*, á favor de una doctrina que, empezando en las sugerencias axiomáticas del espíritu vulgar en ejercicio, recorre toda la órbita de las ciencias humanas, adecuando el Método, y concluye *reentrando* en el seno de la Razon vulgar, por el reconocimiento de la dualidad de substancias: todo subordinado á un Poder ultra humano; razon suficiente de todo cuanto existe. Tal es la Doctrina, del *Sentido comun*, por sus principios; de la *Limitacion*, por su Método; del *Dualismo*, por su objeto de investigacion, y del *Realismo natural* por su conjunto.

Expuesta esta Doctrina, conviene que veamos á dónde van á parar los que parten de otros orígenes.

V.

La emancipacion de la Filosofía del blando yugo del Sentido racional ha dado siempre los mismos resultados, desde los sistemas de los Indus, hasta nuestros tiempos: una dislocacion completa de la materia de investigacion. Todos los filósofos trascendentalistas aparecen, desde este punto de vista, divi-

dados en dos grupos, á saber: *Criticos de la Autoridad de la percepción* y *Criticos de la Autoridad de la Conciencia*.

Los Criticos de la Autoridad de los sentidos, como Principio de evidencia, han querido empezar por probar el Principio, y vista la insuficiencia de las pruebas, han caido en la duda y concluido, al fin, por la negacion del Principio; mas como las necesidades de la vida urgen, y en esta duda y esta negacion es menester vivir en concordancia con el testimonio de los sentidos, el filósofo escéptico opta por salir del paso creyendo en lo que se vé; trueque absurdo de voces; espresion penosa de una contradiccion imposible; pero confesion explicita del mismo Hume, del verdadero príncipe del escepticismo filosófico moderno; lumbrera viva, hasta en el seno del error mismo.—Hé nos aquí con todo el material de la *Evidencia mediata* transportado á los dominios de la *Fé*.

Los Criticos del hecho de Conciencia, han comenzado, todos, por querer buscar las pruebas de que *existo*, y la misma imperfeccion de las pruebas de una cosa tan evidente por sí, les ha sugerido, la duda primero, y luego la negacion del Principio mismo; y como la duda sobre la verdad de la conciencia, es decir, sobre nuestra propia realidad moral, implica, ó la renuncia á todo saber, ó la construccion de alguna hipótesis sistemática, (dada por autoridad no se sabe de quien) sobre el Absoluto, ó substancia única, como Razon suficiente de sí misma, hé nos ahí en plena Teología crítica, ó demostrativa; que vale lo mismo que decir, con todo el material de *Fé* transportado al dominio del *Entendimiento*.

Crear en lo que se vé; Entender en lo que se crée: tal es la espresion mas breve, clara y precisa á que consideramos reducido todo el trascendentalismo de tantos siglos. Ora en

los tiempos dialécticos, convirtiendo las razones en hechos; ora en los empíricos, haciendo valer los hechos por razones; siempre el trascendentalismo ha llevado en su sangre aquel vicio fundamental, congénito, exacerbado por las pasiones de la época, y exaltado por el aplauso de discípulos amanerados. Y en verdad que el Escepticismo y el Absolutismo filosóficos no tienen perdon ni excusa. Vivir años y años prestando asentimiento á la Conciencia, á la Percepcion, á la Razon agena, y luego de llegar á la mayor edad revelarse contra estos precedentes, sin mas precedentes que estos, es por cierto una ingratitud lamentable y una insensatez irrisoria.

Sin duda que mucho bueno han dado á luz esos espíritus de poder privilegiado para la abstraccion; mas ni todo lo han producido sus Sistemas, ni lo que se deriva de estos debió de haberse dado á luz con tantas pretensiones. Con haber denominado sencillamente esos trabajos «*Análisis de las Facultades humanas por reduccion al absurdo*», los descubrimientos hubieran sido los mismos, sino mas y mejores, y no se obligaba al espíritu público á esos vaivenes en la cuesta harto escabrosa del progreso. Téngase, no obstante, esta reflexion, nó como un dardo arrojado á los Génios que fueron, cuyo mérito aplaudimos y cuyas intenciones respetamos; sino como saludable advertencia que la Historia dirige por nuestra pobre, pero fria razon, á los que de nuevas generaciones acuden á los Juegos Olimpicos de la Verdad; no sea que por dejarse llevar de irreflexivo empuje, compañero inseparable del juvenil ardimiento, malgasten su naciente génio en ejercicios fútiles, ó en insensata pugna con las paredes graníticas del Gimnasio.

Hemos dicho que no procede de los sistemas toda la luz que han arrojado los génios sistemáticos, y esto conviene pro-

barlo y completarlo ; lo primero, porque no gustamos de aseveraciones gratuitas, y lo segundo, porqué aquella asercion no espresa mas que parte de otro *pecado filosófico*, que interesa conocer.

En una Doctrina cualquiera pueden ocultarse dos diferentes vicios : 1.º el que llevamos examinado y que llamaremos *Vicio por aberracion de Principio*: 2.º el *Vicio por sofisticacion de Doctrina*; que consiste en la enunciacion de cosas, que suponen uno ó mas Principios latentes, verdaderos ó falsos, pero distintos de los establecidos por el Autor, ó contrarios á los mismos. Siendo independiente este vicio del de *aberracion de Principio*; y siendo múltiple el error, cabe *sofisticacion de la verdad por el error, del error por la verdad y del error por el error*. Ejemplo del primero de estos tres casos, ó *Vicio por sofisticacion de la verdad por el error*, nos le ofrece el Sistema cartesiano. En él no hay tránsito, ni relacion posible, entre el Principio de evidencia que el Autor proclama y las hipótesis gratuitas é improbables de que derivan su Fisiología y su Mecánica astronómica; y tan persuadido estaba el mismo Descartes de la sofisticacion, que llamaba esas elucubraciones *la novela de su filosofia*.

De la *sofisticacion del error por la verdad*, hay tantos ejemplos cuantos son los Sistemas falsos por su Principio; pues esta forma de sofisticacion constituye para ellos la condicion de vida y de propaganda. Tomad cualquier tratado, la *Estética* de Hegel, la *Doctrina de la ciencia* de Fichte, la *Filosofia de la Naturaleza* de Schelling, el *Tratado de la naturaleza humana*, de Hume, en fin, Señores; lo que se llama *cualquier libro filosófico* de Autor que sea escéptico ó partidario del absoluto, y veréis en ese libro páginas y mas páginas

atestadas de *verdades evidentes por sí*, dadas en el concepto tácito de óbvias al mismo *Sentido racional*, cuya autoridad recusó el autor al buscar los Principios de su sistema. Y así brilla á menudo en esos textos, á pesar de su origen, aquel destello del Génio, aquella nitidez de intuición, que caracteriza á los Espíritus potentes. En el calor del estro filosófico el Autor, sin darse cuenta de su inconsecuencia, se desentiende del Principio, y se arroja á consignar categóricamente sus intuiciones claras; sin curarse de compulsar si son deducciones legítimas del principio que originó su sistema. Y luego viene el lector, y si no está advertido, acepta como verdad el *error de Principio*, por la fuerza de las verdades que le hieren en el contexto, sin sospechar siquiera que esas verdades constituyen allí una sofisticación, ó sea una *inconsecuencia*. Mas á la vista del lector que está advertido, esos Autores, que protestando del *Sentido comun* se apoyan en él, aparecen como la mujer que fiada en la envoltura de sus sayas, pretendiese hacer creer á las gentes que anda sin piernas; pues todo su artificio fuera nulo y ridículo mientras dejase impresa en la carrera la marca de sus pisadas.

Cierto que estos vicios fueran muy llevaderos si su influjo no rebasase los límites de las Bibliotecas y de las Academias; mas el hecho es que el error, cual bola de nieve desprendida de las cimas de la Filosofía, se engruesa conforme baja rodando, de suerte que al llegar al llano de la vida práctica, arrolla y destruye cuanto encuentra al paso; y ahí es, en el seno de la sociedad, donde aparece ese sin fin de opiniones, de tendencias, de resultados neutros, indescifrables de puro complexos, y que tiene por causa, amen de la reproducción de los demás vicios, la tercera forma del *vicio por sofisticación* de Doctrina,

cual es; la *del error por el error* ; achaque peculiar del vulgo literario.

La invencion de la Imprenta produjo en los hombres un desvanecimiento infantil, solo comparable al que mas tarde ha causado la fotografia, verdadera imprenta del rostro humano; y así sucede que conforme nadie se cura de reflexionar, antes de exhibir su propio retrato, si el natural puede parecer bello mas allá del ámbito del cariño, de suerte que medio mundo se ofrece á llenar de *lapsus naturæ* el Album del otro medio; así tambien no hay hombre que no se deleite á la vista de su pensamiento estampado... ¿ Quién de nosotros , Señores , no sintió un placer indescriptible el dia en que por vez primera vió impresa y publicada, siquiera una frase suya ? Esta flaqueza humana se comprende; mas lo que no parece comprensible, ni perdonable, es que tales flaquezas dominen nuestro proceder hasta el punto de que las convirtamos en un derecho. Del hecho de la Facultad de pensar, únicamente se deduce el deber de pensar bien: solo despues de haber empleado mucha diligencia en cumplir con este requisito, es cuando adquirimos el derecho de publicar y difundir el propio pensamiento. La necesidad de seguir hoy esta máxima, latente en la conciencia humana, sube de punto, por lo mismo que hoy la industria brinda con la velocidad y la baratura á la propagacion y difusion de todo, y entre ese todo está el error, y el error es el mayor enemigo del hombre y de su linage.

Así está la república de las letras, con tanto escritor, nó adocenado, sino *acentenado*, como fermenta en todas partes y sobre todos temas, sin criterio fijo, sin conciencia clara de los orígenes, ni de las tendencias científicas de sus propias obras, *escribidores* dados á la pluma por mera incontinencia mental,

cuando nó por móviles ajenos al fin nobilísimo de la ciencia. Tal hay, que en Medicina defiende el *vitalismo* con una palabrería *krausiana* contraproducente; tal otro que se declara *materiálista* en términos *hegelianos*, es decir, *idealistas*; no falta quien renegando de la *Metafísica*, cifra sus esperanzas en la *Matemática*; en fin, Señores, para concluir de una vez; publicación flamante podríamos citar, si el carácter impersonal de este Discurso lo consintiese, en cuyas doce primeras líneas el Autor prohija *seis sistemas distintos*, cuya disconformidad ignora:... bajo ese disfraz de arlequin, un escritor no puede causar mas que daño á los incautos y risa á los advertidos. Ahora, servios buscar en nuestros Salones de Lectura, los escritos de ese pergenio, y os haréis cargo de la Babel filosófica en que se forma nuestra juventud.

En medio del general desconcierto, es fácil, no obstante, percibir, la apacible armonía que reina en ciertos textos y en determinados asuntos, donde solo la verdadera competencia se atreve á consignar su opinion. ¿Cuáles son esas Ciencias que tienen la rara privativa de hacer callar á los necios? Hélas aquí: la Lógica, la Matemática, la Física, en toda su comprensión, y finalmente la Psicología. ¿Y á qué deben tales ciencias ese inestimable beneficio? A los Principios; es decir, al hecho de haberse acogido al protectorado del Sentido común, ateniéndose y subordinándose á sus verdades inmediatas. La Lógica, como Ciencia, ya está constituida sobre estas bases desde Aristóteles; la Matemática, desde Euclides, progresa en paz; y en su progreso las disputas han sido pocas y breves; la ciencia Física-química anduvo á tientas hasta que los Bacon, los Galileo, los Newton, los Euler, le dieron principios claros, de evidencia inmediata, que la iluminaron

en su marcha , antes tan torpe y hoy tan certera y rápida , y por fin ; la Psicología , cuyo origen hemos de buscar tambien en el estagirita , queda nuevamente constituida , desde que Reid en 1785 la afirmó sobre el duro cimiento de las verdades incontrovertibles. En lo demás de la humana ciencia no hay orden ni concierto ; al lado del talento vereis alzarse la necesidad ; junto al saber la ignorancia , y en esta situacion está tambien la asendereada al par que augusta Medicina.

La leccion clara y severa que nos dá la Historia sobre la constitucion definitiva de las Ciencias y sobre la naturaleza de los Principios que su progreso exige , debe impulsarnos á buscar el mismo firme para la ciencia de la vida : La necesidad es obvia ; pero la dificultad es grande. En cuanto á la necesidad , no hay para qué encarecerla. En ciencias , como en política , el periodo constituyente es de suyo ocasionado á invasion estrangera. Junto á la Medicina existen ciencias ya constituidas , las cuales medran y se estienden tanto , que por momentos nos invaden , y á so-capa de alianza , cual otros Cartagineses , entran vendiendo por salir mandando. Cada cual de nuestros vecinos y aliados tiene definido ya su objeto ; el Físico y el Químico al esponerle se inhiben de analizar los fenómenos vitales , « *por ser asunto de los naturalistas* : » el Psicólogo tambien se inhibe , repitiendo á su vez que el cuerpo del hombre « *atañe á los naturalistas* ; » y nosotros , lejos de aceptar este cometido , dejamos que le desempeñe cualquier advenedizo , en vez de buscar Principios adecuados al concepto claro y comun de nuestro objeto de estudio , y cerrar de una vez la puerta á absurdas transgresiones. En política se dice sábiamente : « *si vis pacem , para bellum* ; » en ciencias se debe decir : « *si vis ordinem , para Axiómata*. » Esto por lo que atañe á la necesidad.

En punto á dificultades , reconocemos que las hay enormes para la constitucion definitiva del Método en Medicina, porque se trata de la ciencia difícil por antonomasia. Y para que veais, Señores , que en esto no nos formamos ilusiones , vamos á exponer las *tres dificultades* que consideramos clásicas de la Ciencia médica ; las tres que le son inherentes , aun en el supuesto de que sus cultivadores fuesen génius por su capacidad, y ángeles por su virtud ; y aunque las vicisitudes sociales no ofreciesen cada dia nuevos é intrincados problemas.

La *primera dificultad clásica de la Medicina* consiste en ser su objeto un integral viviente , es decir , un conjunto que (aun prescindiendo del espíritu,) solo es analizable á título de reintegro. El problema de un cuerpo vivo, no ya del humano, sino del de un simple anélido , constituye solo en lo cuantitativo una ecuacion de milésimo grado por lo menos. El álgebra todavía , hoy por hoy , está luchando con las de quinto. Añadid á esto el coeficiente substancial y luego buscad el exponente de la ecuacion antropológica. Así es que por este solo concepto , sin contar con las influencias morales , el *objeto* de la Medicina es una cosa que por lo complexa espanta.

La *segunda dificultad clásica de la Medicina* consiste en que , por diversas y simultáneas causas , el cuerpo vivo puede *degenerar ó enfermar* ; fenómenos privativos de la vida ; estados intermedios entre un máximo y un mínimo de perfeccion, cambios que jamás ofrecen los demás *objetos* de ciencia. Ni los Axiomas se alteran , ni los planetas enferman , ni el cobre y el potasio degeneran ;.... y si se dice que un cuerpo celeste afecta alguna perturbacion, no es él quien cambia *en sí*, es solo, levemente, la curva de su órbita : y aun entónces ¡qué de apuros para el astrónomo , si teniendo poder material sobre la

causa perturbadora, hubiese de fijar cual es y removerla.—De aqui es que el estudio de la Vida exige un saber accesorio, vasto, inmenso; encaminado á la investigacion de las concausas.

La *tercera dificultad clásica de la Medicina* consiste en tener que obrar el Médico sobre ese integral viviente, en un estado de perturbacion, (que por parcial que parezca, siempre pasa en el integral,) con agentes naturales cuyas propiedades, con relacion á la vida, constituyen un tercer conjunto, (que por mas parcial que parezca *en la accion que nos proponemos*, siempre se desarrolla *todo* en el integral). Es decir, Señores, que al llegar al *arte*, hemos de relacionar con acierto *tres conceptos sintéticos, múltiples é indivisibles: el cuerpo vivo; la vida irregular y el agente regulizador de la vida*. Los físicos jamás comprenderán esta dificultad; en Física todo es expedito, porque los productos que ella dá, ó sea, las máquinas de obra humana, tienen por objeto la aplicacion de elementos analíticos, ó abstraídos del integral de la naturaleza; y esta simplicidad, y el conocimiento claro que el hombre tiene de sus propias obras, facilitan el de las perturbaciones de estas y el hallazgo del medio hábil de su recomposicion. En Medicina, nó: el hombre ha de entender el mecanismo y remediar las perturbaciones de una obra individual del Criador. Ved, pues, si nos hacemos cargo de la inmensa dificultad de la Ciencia médica.

En esta alternativa de urgencia y dificultad de buscar un firme para la Medicina, confesamos sinceramente que ha podido mas en nosotros el amor á la Ciencia que la consideracion de nuestro escaso valer; y hemos optado, al fin, por acometer la empresa. Si el intento no supone el logro, forma al menos

su condicion necesaria; y dado que en conciencia, y despues de un riguroso exámen, una cosa se juzga buena, ya entonces el intentarla llega á constituir un deber.

No nos hemos propuesto fijar el *non plus ultra* al final de los Principios que vamos á formular: hemos procurado, si, que estos sean caracterizados y adecuados.

Hemos adoptado dos principios fisicos, particulares de Newton, modificándolos en su enunciado, á fin de que sea explicita la universalidad de su comprension: esto, lejos de introducir divergencia entre el criterio fisico y el biológico, antes al contrario, hace posible la armonia entre la Fisica y la Biología, *sin confundirlas ni divorciarlas*. Además, al lado del Principio especulativo de Descartes, hemos consignado un Axioma que llamamos Criterio experimental, y juzgamos necesario, utilísimo para fijar la interpretacion de los fenómenos fisiológicos.

Por lo que hace á los *términos primeros* de Medicina, su valoracion no es indispensable aquí, y de ella nos proponemos ocuparnos en otro trabajo, propiamente médico.

Finalmente, en cuanto á la utilidad de los *Principios*, rogamos que el código que proponemos no sea juzgado á *priori*: solo la práctica os podrá dar la medida de su alcance.

Hechas estas salvedades, pasemos á la parte axiomática de este Discurso.

VI.

PRINCIPIOS GENERALES DE CIENCIA
Y
PARTICULARES DE MEDICINA.

Prolegómenos de los Principios.

Toda ciencia implica un objeto. El concepto claro y distinto de un objeto de ciencia es el preliminar necesario de la ciencia misma.

La enunciaci3n pr3via de las verdades inmediatas, contenidas en el concepto claro y distinto del objeto, constituye los Principios de su ciencia.

Si la ciencia tiene por objeto la Razon , sus principios son comunes á todas las ciencias, como principios formales de todo saber.

OBSERVACION. La consecuencia inmediata de los dos principios que anteceden es, que á la ciencia del Entendimiento le bastan los principios propios, por ser á la vez el Entendimiento objeto y forma de ella; al paso que todas las demás ciencias requieren principios particulares, en cuanto al objeto, y principios comunes ó formales, norma de todo saber.

Principios.

I. De lo que está contenido en el concepto claro y distinto de una cosa, puede afirmarse (*Descartes*).

Llamaremos este principio: *Criterio especulativo*,

II. De la existencia de un hecho, solo podemos afirmar lo que está contenido en el concepto claro y distinto que resulta de la presencia del mismo.

Llamaremos este principio: *Critério experimental*.

III. Vida y Muerte son dos términos contradictorios.

Siendo muerte y *no vida* términos equivalentes, resulta que todo lo que no está contenido en el concepto claro y distinto de vida, le es contradictorio.

IV. En el estudio de los cuerpos vivos hay que distinguir, con sumo tino, la *Causa* de la funcion, el *Modo* como se verifica y los *Medios* con que se cumple.

V. Para que una causa sea dada como causa eficiente de la Vida, es menester que su existencia sea bien probada, y que se deduzca de ella la razon suficiente de todo lo contenido en el concepto claro y distinto de la Vida. La causa que, á pesar de ser real y demostrada, no explique mas que parte del fenómeno integral, será reputada con-causa.

VI. Sea cual fuere la causa eficiente de la Vida, las funciones del cuerpo vivo son lo que son; y solo su modo parcial de actuar y su relacion de conjunto constituyen el objeto de la ciencia y el interés del arte.

VII. Las con-causas de la Vida, ó Medios porque ésta se ejerce, son distintas de la causa eficiente; en tanto que lo mismo se vive por ellas, que se enferma por ellas, y que se muere sin ellas, por ellas y á pesar de ellas. La vida pues, no se deduce de los Medios.

VIII. Iguales causas producen iguales efectos, á condicion de ser iguales ó semejantes los términos de relacion.

IX. Una relacion no es bien conocida, sino en tanto que lo son por completo los términos de la misma.

X. La ciencia se determina por su objeto : toda transgresion de objeto es contraria á la ciencia.

Explicacion de los dos principios IX y X.—Siendo el objeto de la Ciencia médica un individuo natural viviente , la descomposicion material de un cuerpo , ó de su funcion integrante , exige la inmediata recomposicion formal; pues el análisis de un todo indiviso es una simple ficcion metódica y de ningun modo el fin real que nos proponemos , que es : el perfecto conocimiento del individuo. Si por el contrario , la descomposicion del todo en partes tiene por fin el conocimiento de las partes, por igual razon estas deberán ser divididas para ser conocidas , y así sucesivamente , hasta dar , ó con elementos materialmente indescomponibles , objeto de la Quimica , ó con una sucesion infinitesimal de cocientes , objeto del Cálculo diferencial ; lo cual implica contradiccion de objetos de Ciencia. Sentaremos, pues, por regla fundamental: que el estudio analítico de cada parte ó de cada funcion del cuerpo vivo, para ser adecuado al objeto , debe comprender necesariamente además de lo que resulte del exámen , todas las relaciones materiales ó actuales que la integran con el individuo. Con estas condiciones , el análisis anatómico y fisiológico puede y debe llevarse al último extremo á que alcancen los medios de investigacion.

PRAGMÁTICA LÓGICA Ó PRINCIPIOS PARA EL USO ADECUADO
DEL RACIOCINIO.

Prolegómenos.

Los objetos son muchos : la Razon una ; no hay , pues, mas que una Lógica para toda ciencia , inclusa la misma Lógica , en tanto que ciencia.

La Lógica arte , ó práctica de la Lógica , no tiene mas límites que los impuestos por la moral, ó norma práctica , á todas las artes.

No hay , por tanto , lógicas especiales , sino limitaciones naturales y morales de la facultad de discurrir.

Hé aquí , pues , los

Principios de conveniencia evidente por sí , para el ejercicio del Razonamiento , y la verificación de lo razonado.

Para la definición y la división.

I.—Una cosa no se debe dividir sino en el concepto mismo en que se puede definir.

Para la división y la clasificación.

II.—Una clasificación no debe hacerse sino en el concepto en que cabe división : á división perfecta , clasificación natural : á división imperfecta , clasificación artificial.

Para la hipótesis.

III.—Lo que no se puede probar , no se debe suponer.

IV.—No en todo aquello que admite supuesto y prueba, procede la prueba : la hipótesis cuya verificación esponga á daño de tercero , es improcedente.

ESPLANACION.—En la práctica liberal de las ciencias la hipótesis es útil , y hasta indispensable ; pues ora sea el resultado de la prueba afirmativo , ora negativo de los términos de la hipótesis , ora revelador de un tercer término , siempre es laudable , como resultado positivo de razon ó de experiencia ; mas en la práctica social del arte , la contingencia del resultado implica la de la muerte de un enfermo , ó de la pérdida

de un buque, ó del castigo de un inocente, ó de la revolucion de un pueblo, etc.; lo cual jamás compensa el resultado lógico de la investigacion.

V.—Si en la práctica social se hiciese forzoso obrar sobre un particular hipotético, la norma y la conveniencia lógica será: retroceder á la certeza general inmediata y obrar conforme á lo que de ella se deduzca.

OBSERVACION.—Esta regla da garantía de acierto, en cuanto si no conduce necesariamente al bien, evita fijamente el mal, como efecto del arte; en virtud de mantener á este en una base racional de conducta.

Para la analogía.

VI.—En el empleo de la analogía deberá procurarse no confundir nunca los dos conceptos diversos de semejanza y de identidad. Toda confusion sobre este punto es contraria á la ciencia.

Para la metódica.

VII.—El hombre que se dedica á la investigacion de la verdad ha de ser sagaz en los hechos, preciso en las deducciones, rigido en las inducciones, tardo en las teorías, enemigo implacable de sistemas.

VII.

SEÑORES, hemos concluido.

En este Discurso se expone una Doctrina; no se impone una opinion. Era nuestro deber manifestaros cómo y hasta dónde entendemos posible la libertad intelectual, y cuáles son á nuestro sentir las bases sobre que debe constituirse la Medicina; y hemos cumplido con esta mision hasta donde lo han permitido nuestras débiles fuerzas. Si veinte años de práctica anatómica, transcurridos desde que imberbes aun, entramos en la Facultad, hasta el año presente, undécimo ya de nuestra aparicion en la cátedra; si esos veinte años de entusiasmo jamás desmentido por la ciencia de la organizacion, que consideramos como la gramática del médico, son bastantes para que no dudeis de la importancia que damos á las cosas tangibles, es de creer, Señores, que os merecerá alguna reflexion el hecho de vernos, al par, entusiastas cultivadores de la ciencia del espíritu humano. El afan de verdad nos condujo sucesivamente de la anatomía antropológica á la comparada, de la comparada á la trascendental, de la trascendental á la microscópica; siempre con el cuidado de seguir de frente el movimiento de las ciencias fisico matemáticas; y cuanto mas andábamos, tanto mas las tinieblas envolvian nuestra razon..... un dia caimos en la cuenta de que en realidad no conocíamos todo el hombre... y al volver la vista hácia el espíritu mismo, haciendo de él un exámen atento, nos pareció que toda nuestra experiencia cobraba vida y animacion; que la naturaleza, en un momento dado, se nos colocaba en perspectiva.

En cuanto á la Doctrina, ahí la teneis. Demoledora de to

da autoridad personal, y encauzando la experiencia en su curso útil y legítimo, reivindica en favor del linaje humano el derecho al usufruto de ciencia, al par que le da garantías de representación en la constitucion de los fundamentos de esta. El filósofo aleman mas dado á las elucubraciones sobre el absoluto, ha reconocido, al fin , y declarado que la filosofía no será aceptable mientras no esté conforme con los sentimientos y las necesidades del comun de las gentes: esto es la pura verdad, y á ello deben propender de hoy mas todos los pensadores. Por nuestra parte ni reclutamos prosélitos ni los rehusamos. Solos ó acompañados, si es que servimos para algo en el palenque de la filosofía , contribuiremos en lo que alcancen nuestros brios, á mantener incólumes los dignos fueros del linaje humano.

He dicho.

Barcelona 3 de marzo de 1866.

José de Letamendi.